

EXPOSICIÓN «CANARIAS EN LOS MAPAS: LA COLECCIÓN CARTOGRÁFICA DE EL MUSEO CANARIO»

Entre diciembre de 2020 y febrero de 2021, los interesados en la historia de la cartografía tuvieron la oportunidad de visitar la exposición *Canarias en los mapas: la colección cartográfica de El Museo Canario*, instalada en el salón de actos de la centenaria institución de Las Palmas de Gran Canaria.

El Centro de Documentación de El Museo Canario trata de recoger todo tipo de publicaciones relacionadas con el archipiélago, editadas en él o debidas a autores insulares. De esta forma, a lo largo de más de ciento cuarenta años de historia ha conformado diferentes colecciones que abarcan una gran variedad de tipos documentales. Una de estas agrupaciones de documentos es el archivo cartográfico, que alberga una de las mayores colecciones de mapas históricos centrados en Canarias y la Macaronesia.

Las islas Canarias siempre han tenido un papel destacado en la historia de la cartografía. Las asociamos con las Islas Afortunadas de la Antigüedad Clásica, cuando el archipiélago no era conocido más que como territorio mitológico; en el cambio de era, los romanos tomaron contacto con ellas y las consideraron el límite occidental del mundo; redescubiertas por los europeos en la Baja Edad Media, fueron claves como nudo de comunicaciones en el proceso de exploración del globo; y durante las edades Moderna y Contemporánea, su valor como lugar de escala en el transporte intercontinental está fuera de toda duda. Todas estas circunstancias hicieron que las islas fueran objeto del interés de reyes, gobernantes, mercaderes, aventureros y, por supuesto, cartógrafos, pues su correcta representación en los mapas resultaba indispensable para asegurar los intereses políticos o comerciales de todos ellos.

Una selección de mapas de diferentes fechas pero centrados en un punto concreto del globo terrestre permite comprobar cómo las técnicas cartográficas han ido evolucionando hasta la precisión actual. Al mismo tiempo, la visión diacrónica invita a reflexionar sobre la manera en que las islas han sido observadas por nuestros antepasados. La selección se presta también a un mero ejercicio estético, porque cada uno de los mapas expuestos es un ejemplo de cómo los cartógrafos del pasado sabían combinar la información científica con el deleite visual.

En la actualidad no resulta posible establecer cuál fue el momento histórico en el que nació la cartografía, pues la representación gráfica del entorno debió de formar parte de las primeras sociedades humanas, por más

que se usaran soportes tan efímeros como la propia tierra. Aunque algunos investigadores han creído reconocer mapas en representaciones que datan del Paleolítico, el mapa más antiguo que no genera controversias es una tablilla babilónica fechada en el siglo VI antes de Cristo y conservada en el British Museum de Londres.

Sin embargo, el medio más eficiente para describir el mundo en la Antigüedad fueron los textos escritos, en los que la geografía, la historia y la etnografía se intercalaban formando una unidad. Es el caso de la obra de Heródoto de Halicarnaso, escrita en el siglo V a. de C. a partir de datos recogidos de diversas fuentes, incluida la observación directa. Heródoto es representante del conocimiento geográfico de la Grecia Clásica, pero su concepto de la tierra como una ecúmene (una sola masa de tierra que comprende Europa, Asia y África) se mantuvo casi inalterado en los siglos posteriores, como demuestran las obras de algunos autores romanos fechados en torno al cambio de era. La exposición mostró algunas ediciones clásicas de estas obras, como las del propio Heródoto (Francofurti: apud Claud. Marnium, & haered. Jo. Aubril, 1608), que cita frente a las costas africanas la Insula Beatorum, precedente mítico de las Canarias reales; Estrabón (Basileae: apud Ioan. Vualder, 1539), que sitúa frente a la Mauritania unas islas a las que llama Afortunadas; o Pomponio Mela (Lugduni Batavorum: apud Samuelem Luchtmans et fil., 1748), con mapa desplegable de la tierra conocida según el modelo de Macrobio.

Fue el sabio alejandrino Claudio Ptolomeo, en el siglo II, quien puso las bases para que pudiera representarse la Tierra de forma gráfica siguiendo una metodología científica. Su *Cosmografía* utilizaba un sistema de latitudes y longitudes para localizar ciudades e hitos geográficos, y aunque no se ha podido constatar que la obra llegara a contar con mapas propiamente dichos, incluía una extensa lista de topónimos con sus correspondientes coordenadas que permitieron que, siglos después, los cartógrafos pudieran trasladar cada punto a un mapa gráfico y reconstruir el mundo habitado según la concepción del siglo II, como ocurrió en el código del siglo XV de la Universidad de Valencia que se expuso en edición facsímil.

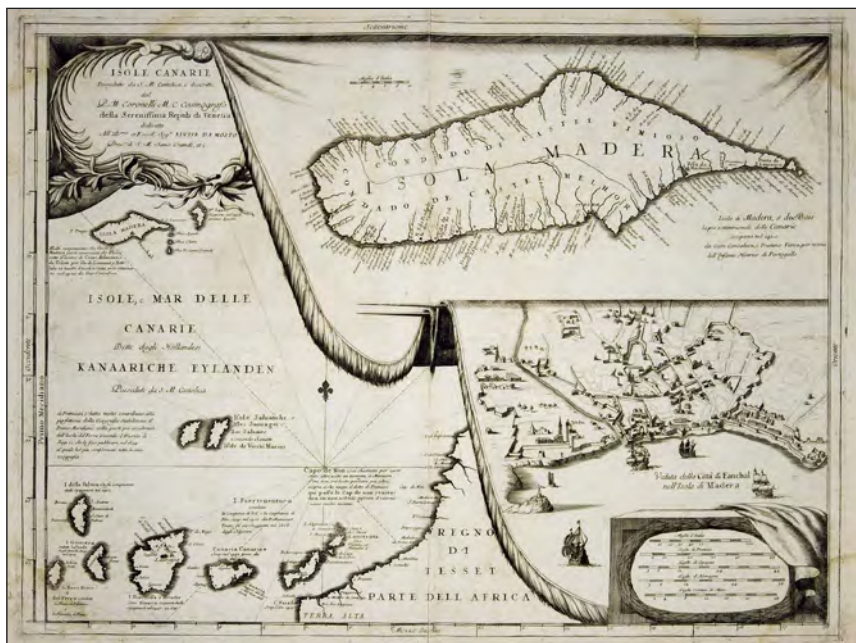
Ptolomeo incluyó en el extremo occidental de la Tierra unas Islas Afortunadas que, por primera vez, se pueden interpretar inequívocamente como nuestro archipiélago. Una de estas islas recibe el nombre de Aprositus (Inaccesible) y supone el precedente más antiguo de la mítica isla de San Borondón. Entretanto, los conocimientos geográficos no dejaron de transmitirse mediante obras textuales, y ejemplos de ello fueron la *Historia natural* de Plinio (expuesta en edición de Lugduni Batavorum; Roterodami: apud Hackios, 1669), con datos de la expedición de Juba II, primer

episodio documentado de contacto del mundo romano con las islas de la Macaronesia; o Solino (representado por su *Polihystoria* de Basileae: apud Mich. Isin. Grinium, 1543, con mapa del área macaronésica).

Tras la caída del Imperio Romano, la creciente hegemonía del cristianismo hizo que la geografía tuviera que ser reinterpretada para ajustarla a los preceptos de la Biblia. Conceptos como la esfericidad de la Tierra fueron descartados y sustituidos por nuevos modelos tan llamativos como el del griego Cosmas Indicopleustes, que en el siglo VI escribió una *Topografía cristiana* en la que interpretaba que el universo se asemejaba al interior de un baúl (el arca de la alianza) en cuyo fondo se situaban los mares, ríos y montes.

Un siglo más tarde, san Isidoro de Sevilla representó el mundo en sus *Etimologías* como un disco de tierra rodeado por un anillo de agua y atravesado por ríos y mares. El centro del mundo era la ciudad de Jerusalén y en occidente se ubicaba el Paraíso Terrenal, por lo que se hizo preceptivo que el este fuera el punto cardinal que encabezara los mapas (las representaciones quedaban, de esta manera, «orientadas»). La exposición lo muestra con la edición de las obras de san Isidoro impresas por Jean Petit en 1520, con una ilustración gráfica, extremadamente esquemática, que es uno de los primeros mapas impresos de la historia. Este modelo, conocido como T-O, ilustró también los códices del *Comentario al Apocalipsis* de Beato de Liébana a partir del siglo X, y obtuvo un enorme desarrollo descriptivo en los monumentales mapamundis de Ebstorf y de Hereford, ambos de finales del siglo XIII, los cuales recuperan la memoria de las Islas Afortunadas en la latitud de Canarias.

En el siglo XIV la cartografía experimentó una revolución gracias al desarrollo de la navegación y a las aplicaciones prácticas de instrumentos como la brújula. Surgió entonces el portulano, un nuevo tipo de mapas destinado a su uso a bordo de las naves y caracterizado por la profusión de topónimos costeros o «puertos», de donde toma su nombre, una característica muy útil para la navegación de cabotaje. Los portulanos incluyen dos elementos básicos para el cálculo de las rutas y que facilitan también la navegación de altura: una red de rumbos (generalmente partiendo de varias rosas de los vientos en mapas posteriores a 1375) y una escala gráfica conocida como «tronco de leguas». Fue en uno de estos mapas, dibujado en Mallorca por Angelino Dulcert en 1339, donde por primera vez apareció el archipiélago canario, aunque representado únicamente por Lanzarote, Fuerteventura y Lobos. Los portulanos quedaron mostrados en la exposición con una edición impresa en 1783 del que trazó Andrea Bianco en 1436, una reinterpretación decimonónica del mapa de Maciá de Viladestes de 1413, y un facsímil del



Mapa de Canarias y Madeira y plano de Funchal por Vincenzo M. Coronelli (1696-1697). El Museo Canario.

atlas de Joan Martines de 1587. Se trata de hitos de la cartografía que ilustran una transición hacia el conocimiento general del mundo que estaban comenzando a protagonizar los países europeos. Otro de estos hitos fue el globo terráqueo de Martín Behaim de 1492, el más antiguo conocido, cuya representación del Atlántico-Pacífico (puesto que América no estaba aún representada y ambos océanos formaba una única masa de agua) formó parte de la muestra a través de la hoja plegada inserta en un estudio de Cristóbal Cladera sobre los descubrimientos españoles editado en 1794.

La fecha de 1492 señala convencionalmente el nacimiento de la Edad Moderna, una era marcada en gran medida por la invención y el desarrollo de la imprenta. Este trascendental avance técnico se sumó a otros acontecimientos que también contribuyeron a la finalización de la Edad Media, entre los cuales entresacamos dos que interesan en la exposición: el redescubrimiento de las islas Canarias a ojos de los europeos y la recuperación de la obra de Ptolomeo a través de los árabes. Ptolomeo habría de convertirse en el referente de los conocimientos geográficos en una tierra que volvía a ser redonda, y por este motivo su obra fue reproducida en infinidad de versiones en cuanto las técnicas de impresión lo hicieron posible.

La primera edición impresa de Ptolomeo se estampó en Vicentia en 1475, aunque sin mapas, y en 1477 se reeditó en Bolonia con veintiséis mapas calcográficos. Algunas de las ediciones más interesantes fueron la de Miguel Servet, que incluía mapas dibujados por Martin Waldseemüller (el que bautizó el nuevo continente con el nombre de Américo Vespuccio), y la de Girolamo Ruscelli, que ampliaba el número de mapas para abarcar los nuevos descubrimientos geográficos. Ambas ediciones estuvieron representadas en la exposición.

Las potencialidades gráficas y plásticas de la imprenta evolucionaron enormemente a lo largo del siglo XVI, un hecho que afectó directamente a la edición de mapas impresos y que tuvo un hito fundamental en el año 1570. En esta fecha, Abraham Ortelius, geógrafo de Felipe II y uno de los más afamados cartógrafos de los Países Bajos, editó en Amberes el *Theatrum orbis terrarum*, un nuevo concepto de obras de cartografía que está considerado como el primer atlas de la historia. Por primera vez se editó una serie de mapas de todo el mundo que respondía a criterios uniformes de estilo y formato y que se distribuía en colecciones encuadernadas siguiendo una ordenación sistemática.

El éxito del *Theatrum* fue tal que tras esta primera estampación de 1570, que contaba con setenta mapas originales, la obra se reeditó unas cuarenta y cinco veces más, en siete idiomas diferentes, hasta la última impresión de 1612, que alcanzaba los ciento sesenta y seis mapas. Además, la obra espoleó el desarrollo de una enorme industria editorial en los Países Bajos (sobre todo en Amberes y Ámsterdam) especializada en obras de cartografía y, por extensión, en todo tipo de obras ilustradas de gran calidad.

Dos mapas del *Theatrum* de Ortelius (*Barbariae et Biledulgerid, nova descriptio*, en edición de Plantino de 1579, y *Fessae, et Marocchi regna*, estampado en 1598) y otros dos de Gerard Mercator (*Fessae et Marocchi regna*, editado por Jodocus Hondius en 1607, y la *Tab. IV Africae* de una de sus últimas ediciones de la *Geographia* ptolemaica, editada por F. Halma en 1695) representaron los orígenes de esta explosión editorial de cartografía que enriqueció las imprentas de los Países Bajos. Su desarrollo inmediato quedó ejemplificado mediante cuatro cartas náuticas de Canarias y la Macaronesia salidas de los talleres de las principales sagas impresoras de esta zona (Van Keulen, Blaeu, Janssonius y De Witt), que hicieron de los Países Bajos el mayor y más perfecto centro de producción de mapas del mundo. Completaban la sección algunos libros de cartografía y geografía conservados en la biblioteca de El Museo Canario, obras de autores como Paulus Merula, Philipp Clüver, Petrus Bertius (con mapas de B. Langenes) o el propio Abraham Ortelius.

Tras el predominio indiscutible de los Países Bajos en la industria y el mercado de mapas, a finales del siglo xvii la ciencia de la cartografía y la edición de cartas náuticas y comerciales comenzó a germinar en otros lugares de Europa, de forma que a lo largo del xviii casi todos los países del continente llegaron a contar con cartógrafos reputados. En todos estos nuevos centros de producción se aprecia la clara influencia de los valores impuestos por los cartógrafos neerlandeses, especialmente los referidos al cuidado de la calidad estética y la ornamentación de los mapas. Además, la existencia de cartógrafos en cada territorio estimuló la creación de mapas locales mucho más fiables que los que se confeccionaban desde Flandes o Ámsterdam con información tomada de fuentes no siempre precisas. Esta expansión de la cartografía comercial por Europa quedó plasmada en la muestra a través de mapas de Canarias publicados en Italia (R. Dudley, 1661; V. M. Coronelli, 1696-1697; G. M. Cassini, 1798), Alemania (H. Scherer, 1702; J. C. Homann, 1728), Francia (N. Bellin, 1746, P. Duval, 1653; N. Sanson, 1656) e Inglaterra (I. Basire, 1748).

Este mismo apartado ilustró también la evolución de la precisión descriptiva (en tiempos aún de cartografía precientífica), especialmente en lo que se refiere a los autores vinculados a la Academia Francesa de Ciencias, que llamaban la atención en sus mapas sobre puntos de dudosa exactitud. Interesa, por ejemplo, la presencia de notas aclaratorias sobre la inexistencia de la isla de San Borondón, tierra mítica representada tradicionalmente en el entorno de las islas Canarias. En este punto, es destacable la presentación del mapa de Guillaume Delisle *Carte de la Barbarie, de la Nigritie et de la Guinée*, de la década de 1740, de factura francesa aunque editado en Ámsterdam.

En la España del siglo xviii también creció el interés por la cartografía, circunstancia que llevó al poderoso marqués de la Ensenada a patrocinar la formación de algunas jóvenes promesas con objeto de que sirvieran después al Estado levantando un detallado mapa de España y todas sus provincias. Los elegidos fueron Juan de la Cruz Cano y Tomás López, que fueron enviados a París para ser instruidos por los prestigiosos Jean-Baptist Bourguignon d'Anville y Nicolas-Louis de Lacaille, de la citada Academia de Ciencias.

A su regreso de París en 1760, Tomás López fue nombrado «geógrafo de los dominios de Su Magestad» por Carlos iii, quien también lo puso al frente del nuevo Gabinete de Geografía y le encargó levantar el mapa de todas las provincias de España. Como primeros resultados, López entregó los mapas de Córdoba, Granada, Jaén y Sevilla, y en las décadas siguientes amplió el elenco de las regiones españolas estudiadas en detalle.

Fue en 1795 cuando Godoy le propuso integrar toda esta información en un *Atlas geográfico de España*, empresa que logró llevar a cabo pero que no vio publicada, puesto que murió en 1802 y la impresión no estuvo concluida hasta 1804.

Las llamativas imprecisiones de los mapas de Tomás López se explican por su método de trabajo, basado en interrogatorios que enviaba a los obispos, párrocos y funcionarios de cada lugar estudiado. De este modo, contaba con una ingente cantidad de información pero su procesamiento adolecía de la falta de un trabajo científico de campo.

En lo que respecta al archipiélago canario, la aportación de Tomás López consistió en la cartografía individual de cada una de las islas, algo que supuso una auténtica novedad en su tiempo. Estos mapas, que pudieron verse en la exposición, fueron editados entre 1779 y 1780, y en ellos no se prestaba tanta atención al contorno de las costas como a la orografía y la toponimia del interior. Los visitantes pudieron ver también la *Carta reducida de las islas de Canaria*, de 1780, donde López reunió todas las islas del archipiélago formando una carta náutica en un doble pliego de gran formato con profusión de información textual.

Por último, la figura de Tomás López quedó completada con un raro ejemplar del *Atlas elemental antiguo o Colección de mapas para enseñar a los niños geografía* (Madrid: Tomás López, 1801), que supuso su incursión en la publicación de cartografía educativa. El volumen está formado por representaciones de las regiones conocidas por los antiguos, con mapas que fueron ideados para venderse de forma individual pero que se distribuyeron finalmente en forma de volumen didáctico.

El siglo XVIII marca también una revolución en la forma de levantar mapas y cartas náuticas. El desarrollo de la navegación y los nuevos instrumentos de observación astronómica permitieron que las líneas costeras de islas y continentes fueran representándose con creciente exactitud.

Los principales referentes de esta revolución científica surgieron fundamentalmente en Francia, donde cartógrafos de gabinete como el citado Guillaume Delisle o Jean-Baptist Bourguignon, muy rigurosos con el uso de los datos de campo, convivían con científicos viajeros que ideaban ingeniosos utensilios de medición cada vez más precisos, como hicieron Louis Feuillée o Jean-Charles de Borda. A la hegemonía francesa, además, se sumarían muy pronto los cartógrafos del almirantazgo británico, cuyo imperio colonial justificaba por sí solo el interés por la minuciosidad cartográfica.

Al mismo tiempo, en contrapartida, los mapas se hacían más austeros en lo referente a la estética, pues los aspectos decorativos comenzaban ya a perder la batalla frente a la utilidad práctica de los mapas.

Canarias en los mapas

La colección cartográfica de El Museo Canario



EL MUSEO CANARIO



Un ejemplo práctico de este cambio de paradigma pudo verse en la exposición mediante la comparación de dos mapas franceses: la *Carte reduite des costes occidentales d'Afrique* de Nicolas Bellin (Paris: Dépôt des Cartes, Plans et Journaux de la Marine, 1753) y la *Carte particuliere des îles Canaries et des côtes voisines d'Afrique* de Jean Charles de Borda (Paris: Dépôt de la Marine, 1776). El primero es un eslabón intermedio entre la cartografía tradicional y la cartografía puramente científica. En este caso el contorno de las costas es similar al de otros trabajos contemporáneos y muestra las inexactitudes propias de los mapas trazados mediante la observación directa, pero también aparecen elementos novedosos como la declinación magnética, que se observa en las dos flores de lis que marcan tanto el norte geográfico como el norte magnético. Aunque destinada a un uso práctico, en esta carta de navegación se observa también una resistencia a abandonar elementos de valor meramente estético, como la rica cartela orlada y, en el ejemplar expuesto, la aplicación de color. Por su parte, en la carta náutica de Borda, puramente práctica, reconocemos por primera vez el verdadero contorno de las islas Canarias. Este levantamiento está considerado como el primer mapa trazado únicamente con métodos científicos. Fue construido en el marco de una expedición científica que tenía el objetivo de experimentar con algunos instrumentos novedosos, como varios relojes de marina de cuerda y de pesas creados por F. Berthoud, un círculo de reflexión de Mayer y otro círculo ideado por el propio Borda. El ingeniero logró medir con gran exactitud la altura del Teide, lo que le permitió corregir la posición del resto de las islas y ajustar su contorno a la realidad.

Esta expedición de la marina francesa dirigida por Jean Charles de Borda contó con la colaboración de la armada española, representada por José Varela y Luis de Arguedas. El ingeniero Varela también hizo su levantamiento científico de las islas Canarias, la *Carta esférica de la costa de África desde Cabo Espartel a Cabo Bojador e yslas adyacentes* (Madrid: Dirección de Hidrografía, 1787), y con ella y con el trabajo de otros oficiales de la Dirección de Hidrografía de la armada, España se ponía a la altura de los mejores gabinetes cartográficos de Europa.

A partir del siglo XIX, cuando el método científico se había erigido como el único válido para trazar mapas, ya no fue necesario ningún esfuerzo para reconocer las siluetas de las islas. En este siglo podemos distinguir fundamentalmente tres tipos de mapas: las cartas náuticas, los mapas de geografía descriptiva y la cartografía especializada, que ya empezaba a tener algún predicamento.

Las cartas náuticas serían responsabilidad de las instituciones nacionales, como la Dirección de Hidrografía en el caso de España. Su información

se centraba sobre todo en las características de las costas y los puertos, y era rica en datos sobre sondeos de profundidad o sobre la composición de los fondos. Los levantamientos de Vidal y Arlett, de la marina real británica pero editados en España desde mediados del XIX, son un excelente ejemplo de ello.

Los mapas descriptivos o corográficos, a menudo hechos para formar parte de atlas generales o para otro tipo de publicaciones, tienen el añadido de la información sobre lo que hay tierra adentro, como barrancos, montes y otros accidentes terrestres. Es el caso de los mapas insulares de L. Wührer que se incluyeron en los *Estudios históricos* de Gregorio Chil, fundador de El Museo Canario, en 1876; o el de la colección finisecular de *Mapas hechos especialmente para las escuelas* de Manuel Pérez y Rodríguez, director de la escuela normal de Las Palmas, diseñados para ser colgados en las aulas de toda España. También los mapas provinciales de Benito Chías y Carbó, como los dos de la provincia de Canarias, entran en este apartado, pese a que su publicación se produjo en los albores del siglo XX.

En lo que se refiere a los mapas especializados, con una variedad infinita, destacan, por ejemplo, los mapas geológicos, de caminos, de rutas marítimas, etc. La exposición mostró, por ejemplo, el mapa geológico de Lanzarote y Fuerteventura de Georg Hartung (Zurich, 1857), obra fundamental de la geología canaria, y un mapa de recursos pesqueros trazado por E. Stassano (Roma: Istituto Cartografico Italiano, 1890).

A partir del siglo XX podemos añadir algunos tipos más: fundamentalmente los mapas militares, que son el equivalente terrestre de las cartas náuticas porque contienen detalladísima información orográfica y toponímica; y también los mapas turísticos, que, aunque ya comenzaron a editarse en el siglo XIX, sobre todo dentro de guías para viajeros, se generalizan a lo largo del XX hasta convertirse en uno de los tipos más abundantes en la actualidad. Los mapas militares quedaron representados con el correspondiente a Fuerteventura, escala 1:100.000 (Madrid: Servicio Geográfico del Ejército, 1950), mientras que los turísticos contaron con la presencia del llamativo mapa de Gran Canaria de Georg Hedrich editado en 1963.

Otras publicaciones del siglo XX, seleccionadas para mostrar la enorme variedad temática de la cartografía del último siglo, incluyeron un mapa de faros de las islas Canarias (Santa Cruz de Tenerife: A. J. Benítez, 1911), una *Guía militar de carreteras* (Madrid: Estado Mayor del Ejército, 1957) y algunos mapas geológicos del Instituto Geológico y Minero de España (Madrid, 1928-1972). Entre ellos destacaba una última pieza, el *Nuevo mapa de Canarias anno 1971* firmado por «Pastino» (Faustino García Márquez) y editado originalmente en 1972 por la revista antifranquista *Sansofé*. Este

mapa jocoso y otros del mismo autor que se editaron con posterioridad demostraron la fuerza de la cartografía como recurso estratégico. El humor como arma política se erige aquí en una nueva categoría de mapas especializados, y supone, en el caso de la exposición, un final comprometido pero claramente lúdico para una muestra documental visualmente atractiva pero profundamente seria.

El recorrido cronológico de la exposición termina, así, en el siglo XX. La ciencia cartográfica se beneficia en el siglo XXI de una nueva revolución tecnológica que no solo ha cambiado ya la forma de levantar mapas, sino también la manera en que los usuarios los utilizan. La tecnología aeroespacial, la fotogrametría, el geoposicionamiento y la información especializada «a la carta» no son ya ciencia ficción, sino los elementos básicos de un recurso que se ha convertido en cotidiano. Una nueva cartografía que no tendría sentido sin el saber acumulado desde que los sabios de la Antigüedad situaron en nuestras latitudes las míticas Islas Afortunadas.

LUIS REGUEIRA BENÍTEZ
(El Museo Canario)